

sin perder de vista la trama macrohistórica donde se asientan los modelos, alentar a la historiografía contemporánea a adoptar una visión menos estrecha, menos cerrada, de los mundos que constituyeron Euroasia entre los siglos XI y XIII.

Estamos, sin duda, ante una obra abierta, porque su función es voluntariamente, expresamente, dar paso al diálogo.

Blanca Gari

John Clement SCHIDELER, *The Montcadas 1000-1230: A Medieval Catalan Noble Family*, University of California, Los Angeles, 1983, 252 pp.

Hacia el año 1000, una reorganización territorial y una reestructuración familiar generaron el linaje, el cual presidió los destinos de la sociedad de los siglos XI y XII. La percepción de este hecho ha llevado inevitablemente a la historiografía más reciente a replantear desde nuevas perspectivas el análisis de los grupos familiares de la nobleza feudal. La orientación de la tarea hacia el campo de las estructuras de parentesco y de la formación familiar y feudal de los señoríos territoriales está ofreciendo en la actualidad resultados alentadores; el libro de J. C. Schideler es uno de ellos.

Inscrita en el marco de la historia de la sociedad feudal catalana, la obra que comento se centra en el análisis de uno de sus más importantes linajes, el de Montcada: un grupo familiar repetidamente estudiado y de referencia obligada en gran parte de los trabajos sobre la época, pero que Schideler aborda ahora desde un nuevo punto de vista. Sus investigaciones replantean los orígenes, el significado social y político, la trayectoria y también la genealogía del linaje de Montcada. Tal vez sea ésta última una de las principales aportaciones del libro, ya que, sin constituirse como fin en sí misma, conforma la estructura sobre la que se asienta la tesis general de la obra. Una genealogía construida sobre un importante bloque documental metódicamente recogido en diversos archivos, supliendo así en parte la dificultad que supone la enorme dispersión a la que la documentación nobiliaria se ha visto sometida con el tiempo. A través de esta reconstrucción del grupo familiar, Schideler consigue diferenciar claramente el linaje de Montcada propiamente dicho y la línea de los senescales que en un momento dado se funde con ellos. La ascensión

por alianza matrimonial de estos funcionarios condales se nos aparece aquí como un ejemplo nítido del origen superior de los grupos donadores de esposas y de la función del matrimonio como regulador y codificador de la organización social. El largamente discutido (entre la historiografía catalana) matrimonio y divorcio del Gran Senescal y Beatriz de Montcada se conforma así, con la mera reconstrucción genealógica, como el eje explicativo de la trayectoria del linaje y como núcleo sólido de la tesis que el autor formula con toda claridad en la introducción de la obra.

Este hecho, nuclear en su contenido y central en el sentido espacial y temporal de la historia del linaje feudal de Montcada, se encuentra arropado, circundado por el resto del análisis que Schideler lleva a cabo. La primera parte de la obra (pp. 12-57) nos remite a los orígenes, a los acontecimientos que tuvieron lugar en los alrededores del año 1000 y que revelan para tantos linajes de la nobleza feudal catalana un origen «vicarial»; también para los Montcada, la documentación aquí presentada pone de manifiesto que entre los grupos de *vicarii* condales que gobernaban los distritos de la *marca* en las últimas décadas del siglo X se descubren las primeras trazas de una transformación de las estructuras familiares que hizo posible la emergencia, entre otros, de este linaje.

La primera mitad del siglo XI determinará la consolidación familiar y feudal del linaje: familiar en tanto que viene dada por la política matrimonial llevada a cabo en estos años, y feudal por el desarrollo de un intenso proceso de privatización y señorialización de los poderes y patrimonios del grupo. Pero mientras los Montcada toman lentamente distancias con respecto al entorno condal del que surgieron, Schideler descubre, al sumergirse en los orígenes de la línea de los senescales, un fundamento social y político bien diferente: en primer lugar porque el origen de los senescales como tal linaje se sitúa en un momento histórico distinto (el entorno del conde Ramón Berenguer I hacia mediados del siglo XI), y en segundo lugar porque el primero de esta línea era claramente un «hombre nuevo» ascendido al calor del poder condal, hombre de confianza, funcionario del conde, ministerial. Es la herencia del importante cargo de senescal y la unión, por mediación condal, con la heredera del linaje de Montcada en la siguiente generación, lo que determina el rápido ascenso y la configuración de este grupo familiar entre los más importantes de la nobleza feudal catalana.

La segunda parte de la obra (pp. 57-94) debe ser entendida en estrecho diálogo con la primera. De forma paralela, complementariamente a la transformación de las estructuras familiares se llevó a cabo una reorganización territorial que provocó la formación de só-

lidos patrimonios, cuya consolidación sólo fue posible gracias a las nuevas prácticas familiares en relación a la herencia filiativa y al matrimonio. De esta manera si el proceso de privatización y señorialización feudal permitió la formación de los patrimonios, la primogenitura y el celibato de los segundones cobran en su consolidación una importancia explicativa de primer orden.

Un tercer elemento permitió el acceso de los linajes del siglo XI a los mecanismos del poder. Éste fue el control familiar, privado, feudal, sobre la jerarquía eclesiástica hasta aproximadamente el año 1100 (cuando la reforma frenó y distanció el poder de los laicos en los altos cargos de la Iglesia). Durante todo el siglo XI los Montcada ocuparon el archidiaconato de la catedral de Barcelona, que pasó de familiar a familiar durante cuatro generaciones; el tercer capítulo del libro de Schideler (pp. 95-128) analiza con precisión las formas de acceso a las fuentes de poder eclesiástico y los conflictos que la oposición de la Iglesia conllevó para el linaje a finales del siglo XI.

A partir de este momento, y retomando de nuevo el tema nuclear de su obra, J. C. Schideler se torna súbitamente más descriptivo. La abundancia documental del siglo XII en relación a la época anterior y la resolución de los problemas mas acuciantes que hacían todos ellos referencia a los orígenes, sitúan los siguientes capítulos de la obra en una tesitura diferente. La cuarta parte, que se refiere a la figura del Gran Senescal (pp. 129-167), y la quinta, relacionada con sus sucesores (pp. 168-237), resultan decididamente mucho menos novedosas, pero el fuerte apoyo documental que las acompaña aporta sin duda elementos de gran utilidad para la historia de los linajes y de la Cataluña del siglo XII. De mayor interés son el capítulo sexto (pp. 238-321) y el séptimo (pp. 322-358), que se establecen en relación simétrica con los anteriores y que indagan sobre el desarrollo del señorío territorial y las formas de explotación del patrimonio, asentamiento topográfico y económico del linaje. El estudio de la organización interna del señorío y el establecimiento de los principales linajes de castellanos coincide con las investigaciones realizadas en los últimos años en la Cataluña feudal, mostrando cómo a finales del siglo XI las fortalezas son entregadas en feudo a castellanos que inician desde este momento un proceso de privatización similar al que llevarán a cabo un siglo antes sus señores; una vez más la difusión de los comportamientos feudales del vértice a la base queda patente en la documentación medieval. Pero además, para el caso concreto de Cataluña, la diferenciación que el autor lleva a cabo entre el señorío territorial originario del linaje y los sectores adquiridos en el siglo XII por reconquista y repoblación de la Cataluña nueva ayuda a comprender las transformaciones que se han operado en la concep-

ción de la soberanía condal primero, real más tarde, y que determinan una clara transformación en la forma de entregar los territorios por parte del conde a sus vasallos y en el tipo y grado de dependencia que estos conllevan; la diferenciación de sectores resulta asimismo necesaria para el estudio de las formas de explotación señorial en la Cataluña del siglo XII.

Por último, J. C. Schideler recapitula en unas conclusiones que recogen los principales temas tratados a lo largo de la obra. Resume, puntualiza y establece, ahora de una forma lineal, la evolución del linaje de Montcada desde el año 1000 hasta 1230. Excesivamente cauto, tal vez, más que exponer deja entrever muchas de sus conclusiones y por ello quizá margina de ellas el papel de las mujeres en el linaje; éstas, tanto las que desconocemos su nombre y procedencia como las nombradas por la documentación, son un elemento fundamental agilizador y dinamizador del linaje feudal. Lo es Beatriz de Montcada porque es heredera primogénita y porque establece una alianza matrimonial fundamental en el devenir del linaje (hecho que el autor ha sabido elevar a la función de núcleo explicativo del acontecer de este linaje feudal). Pero lo son también aquéllas que procedentes de otros linajes contrajeron matrimonio con los primogénitos de Montcada. En todo caso, los interrogantes que deja abiertos la excelente tesis de J. C. Schideler se encuentran dirigidos precisamente hacia esos otros linajes con los que, a través de mujeres, los Montcada establecieron alianzas.

Blanca Gari

Pierre RICHÉ, *Les carolingiens. Une famille qui fit l'Europe*, Hachette, París 1983, 433 pp.

¿Fueron realmente los carolingios los verdaderos fundadores de Europa? En Spoleto, en 1981, se creyó necesario plantear que el binomio nacimiento de Europa/Europa Carolingia era «un'equazione da verificare». Riché no duda, asevera claramente, frente a tantos escépticos, que mucho antes del prodigioso empuje creativo de los siglos XI y XII tuvo lugar en la geografía europea un desarrollo de carácter unitario e imperial, creador en último término de las subestructuras políticas y mentales de la cultura europea. Un fenómeno que estuvo, además, ligado muy estrechamente al papel ejercido por